

A LA MEMORIA DEL PROFESOR FERNANDO GONZALEZ BERNALDEZ

Hace muy poco tiempo que Fernando nos dejó y, sin embargo, se han escrito ya muchas páginas glosando su vida —esta coherencia entre su profesión de ecólogo, su estilo «ecológico» de vivir y su entrega a la defensa de los valores ambientales— y sus trabajos, particularmente esta incesante labor de pionero de la Ecología en España. Aunque a los ecólogos nos queda aún una tarea inmensa de estudio y comentario de su obra, quisiera dedicar estas breves líneas simplemente al recuerdo emocionado de algunos aspectos de la biografía del que fue a un tiempo compañero, maestro y amigo.

A principios de los años cincuenta, en aquella España tan distinta de la actual, estudiar Biología era una excentricidad, hasta el punto de que en la Complutense de Madrid se comentaba con asombro el gran número de alumnos —éramos dieciocho— que se habían matriculado en la segunda promoción de Biológicas (en Barcelona eran sólo doce). Allí conocí a Fernando, que era algo mayor que nosotros y había hecho parte de la carrera de Derecho. Aunque éramos muy distintos, en seguida nos unió un hecho muy concreto: ambos no sólo habíamos pasado la infancia en un medio rural, sino que habíamos vivido intensamente el encanto de la vida de pueblo. Fernando me hablaba siempre de la emoción de ver cómo los pájaros se lanzaban a comer los insectos tras los surcos recién labrados, de los días cálidos de verano en los pueblos de su Salamanca cuando las perdices apenas si podían volar por el calor, de la inmensa variedad de mariposas en las primaveras salmantinas (las mariposas fueron siempre una obsesión en la vida de Fernando). En aquella Universidad destarralada, a falta de bibliotecas, laboratorios y salidas oficiales al campo, nosotros nos buscábamos libros de Biología, salíamos por nuestra cuenta y estábamos siempre abiertos a todo, discutiendo cualquier tema novedoso. En este marco Fernando comenzó a ejercer su magisterio entre nosotros, porque era un maestro nato, un superdotado, con una madurez muy superior a la de su edad.

Mientras otros compañeros de curso tenían desde el principio una vocación definida —recuerdo que Antonio García-Bellido empezó la carrera con la idea clara de dedicarse a la genética del desarrollo—, Fernando estuvo abierto a todo durante toda la carrera y su vocación ecológica se fue perfilando sólo en los últimos cursos. Esta actitud de apertura continuó en el marco de la ecología, donde prefirió siempre abrir caminos —aplicación del análisis multivariante, ecología del paisaje, etcétera— a seguir siempre por la senda ya abierta. Fue precisamente en uno de los momentos más creativos de Fernando cuando tuve ocasión de colaborar con él en la realización del trabajo que mayor impacto tuvo en España y que refleja muy bien sus aspectos más característicos: la influencia de las encinas en el pasto subyacente. En aquel tiempo surgió la idea de modernizar las explotaciones tipo «dehesa» eliminando los árboles, normalmente encinas o quejigos, cosa que Fernando consideró desde el principio muy peligrosa, por lo que suponía de ruptura del equilibrio en ecosistemas muy frágiles y también por los efectos negativos sobre la avifauna y el medio ambiente en general (conviene recordar que en aquel tiempo, primera mitad de los sesenta, aún no había nacido el ecologismo en nuestro país). Por ello pensó en realizar una serie de trabajos que pusieran de manifiesto el efecto de la encina sobre el resto de la comunidad, de los que el primero sería el que realizamos en la dehesa de El Pardo, para lo que hubimos de pedir un

permiso especial. Al mismo tiempo decidió que lo mejor sería incorporar en la metodología las modernas técnicas de análisis multivariante, recién puestas a punto en el Centro de Cálculo del CSIC, que se aplicaban por primera vez en trabajos de biología en nuestro país. Así pues, este trabajo resume las dos constantes de la vida de Fernando: su motivación ecologista y la constante apertura de nuevos caminos. Alternábamos las salidas a El Pardo con los viajes a Rodasviejas, una finca de Salamanca donde el entonces joven licenciado Francisco García Novo realizaba su Tesis Doctoral. Era en los campos salmantinos donde a Fernando se le veía realmente feliz, vital, incansable. En esta Salamanca donde, en un gesto final de coherencia, ha querido descansar, incorporado al ciclo biológico eterno de sus ecosistemas, formando parte de esta naturaleza que amó apasionadamente.

MIGUEL MOREY ANDREU
Catedrático de Ecología
Universidad de las Islas Baleares

Conocí a Fernando González Bernáldez a principios de los años sesenta. Al poco tiempo participamos en la elaboración de «Estudios básicos para una ordenación integral en los montes de Cercedilla y Navacerrada», lo que nos permitió compartir bastantes horas.

Desde entonces mantuvimos una estrecha relación que fructificó en una sincera y entrañable amistad, que se fue acrecentando con el tiempo.

Puedo decir con satisfacción que siempre me prestó toda su ayuda y cooperación en todos los lugares donde me ha correspondido actuar, y debo añadir también que ha ejercido una gran influencia en mi pensamiento conservacionista.

Durante mis años de paso por el ICONA, Fernando fue uno de mis más leales colaboradores cuando basé en la ciencia muchas de mis acciones, recurriendo a expertos científicos e investigadores para llevar a cabo una seria y correcta conservación de la Naturaleza desde la esfera de mi competencia.

Más tarde, en la Diputación Provincial de Madrid, a la sazón ya como catedrático de la Universidad Autónoma madrileña, también prestó su apoyo. Recuerdo que fue uno de los más ardientes defensores del Monte de El Pardo y de sus valores, que conocía como nadie, participando activamente en aquel grupo utópico que buscaba la protección de tan singular enclave.

En esta línea siguió dedicando gran parte de su tiempo en participar en la salvaguarda del medio natural madrileño, por el que sentía una especial predilección. Se puede decir que la Comunidad de Madrid, en general, y la Agencia de Medio Ambiente, en particular, tenían en Fernando su principal baluarte para abordar con eficacia los grandes problemas que amenazan al medio natural madrileño. Colaboró en muchos proyectos y participó en muchos temas; por destacar uno, hay que resaltar que fue uno de los fundamentales artífices para crear el Centro de Investigación de Espacios Naturales Protegidos de la Comunidad de Madrid, que ahora lleva su nombre.

Es evidente que durante todo este tiempo tuve la suerte de pasar muchas horas juntos: reuniones de la Agencia de Medio Ambiente, reuniones del Comité Español del Programa MAB, conferencias, seminarios, viajes, etcétera; participamos en trabajos muy diversos: ecosistemas urbanos, paisajismo, reservas de la biosfera, espacios naturales, ordenación forestal, etcétera.

Por todo ello, pienso que tengo un perfecto y exacto conocimiento de Fernando, de cómo era, de cómo actuaba, de cómo pensaba, y en definitiva, de sus cualidades humanas.

Poseía grandes valores, como científico que amaba la ciencia pero con un sentido pragmático, como sabio que sabía saborear la sabiduría, como conservacionista que transmitía consecuentemente la defensa de la Naturaleza. Abarcaba muchas y diversas facetas de todas conocidas, pero creo que el valor más importante era su gran talla humana, su persona. Fernando era capaz de entregarse a los demás, prestaba su ayuda a quien lo solicitara si la causa era noble, acudía de forma altruista a cualquier llamada en defensa de la Naturaleza, sin importarle ni en qué lugar era, ni quién se lo solicitaba, con tal que entendiera que con su presencia podía aportar algo positivo para proteger el medio natural. Cuántas veces se soliviantaba cuando leía en un periódico o escuchaba por una emisora cualquier perturbación o ataque al medio natural. Rápidamente producía un escrito saliendo en defensa del tema. No le importaba acudir a los medios de comunicación, firmar manifiestos, apoyar movimientos, para denunciar los atentados que se cometen contra el medio natural; con su forma de ser, de actuar, tuvo relaciones con muchas personas, con muchos organismos, con muchas instituciones, con muchas asociaciones, y todos guardan un gran recuerdo de él. Su personalidad está ampliamente extendida por el país. Sin temor a la equivocación se puede manifestar que Fernando González Bernáldez era la persona más querida y más admirada en el mundo de la conservación de la Naturaleza en España. Incluso aquellos que no destacan por su amor al medio natural le tenían respeto y a veces le temían.

Fernando jugaba con gran ventaja, ya que su erudición en la temática del medio natural le permitía ver, conocer y comprender cualquier actuación negativa que pudiera afectar a la Naturaleza; captaba rápidamente las consecuencias que podría acarrear y no dudaba en salir en su defensa.

Precisamente por ser tan conocido y gozar de tanto prestigio hacía que todos acudieran a él para intentar solucionar algún problema relacionado con la Naturaleza. Su crédito y su reputación le conferían una credibilidad tal, que políticos, técnicos, funcionarios, asociaciones y, en general, todos aquellos preocupados por la conservación del medio natural, recurrían a él para salir en defensa de la Naturaleza, sabedores de que no les iba a defraudar. Todos pensaban que aunque la causa fuera justa y evidente, y la razón incontestable, si lo decía Fernando González Bernáldez había mayor garantía para defender el tema.

Este país ha perdido una gran figura, no sólo por todo lo que sabía, por los conocimientos que poseía, por el saber que transmitía, sino por lo que representaba. Ha desaparecido el paladín que tanto ha influido en proteger el medio natural español.

España ha sufrido la pérdida de «su defensor de los derechos de la Naturaleza» y pasarán muchas generaciones hasta que alguien sea capaz de emularle.

La mejor forma de recordar a Fernando y que su semilla fructifique es tratar de imitarle.

ANTONIO LÓPEZ LILLO
Agencia de Medio Ambiente
MADRID

La desaparición de Fernando González Bernáldez ha ocasionado un vacío en la historia de la conservación de la Naturaleza en España y nos ha traído el recuerdo de los principios entrañables de lo que, con el tiempo, habrá de ser para algunos toda una trayectoria profesional y un sentido de vida.

Porque Fernando fue pionero en un campo que hace treinta años generaba muy pocas preocupaciones entre las autoridades de nuestro país. Los que empezábamos por aquel entonces a nadar en tan procelosas aguas supimos lo que significaba, en plena glorificación de los planes de desarrollo, presentar un

El Profesor Fernando González Bernáldez

proyecto en el que no se señalaban las zonas a ocupar por los complejos hoteleros sino los espacios naturales a proteger.

Sin embargo, a finales de la década de los sesenta la población urbana española empezaba a descubrir que el campo era algo más que un espacio que rodeaba a la ciudad y al que sólo se acudía de vez en cuando de gira.

Tras la Conferencia de Estocolmo, hasta las autoridades de los países menos avanzados cayeron en la cuenta de que era necesario crear nuevas estructuras que se adaptaran a las nuevas demandas de la sociedad en cuestión de medio ambiente. A principios de los setenta en España se creó el ICONA, que debería ser la respuesta adecuada a estas demandas. A mediados de esa década se creyó oportuno adaptar y renovar los conocimientos de los profesionales forestales que trabajaban en diversos organismos y, principalmente, en el INIA, para lo cual se celebraron en la Escuela de Ingenieros de Montes de Madrid una serie de conferencias y coloquios en los que se explicaban y discutían conceptos tales como «ecosistema», «cadena trófica», «hábitat», etcétera, que más tarde pasarían a ser del dominio público, aunque aplicados muchas veces muy a la ligera y en ocasiones no siempre adecuadas.

Allí tuvimos oportunidad de conocer y escuchar por primera vez a Fernando González Bernáldez. Ejercía entonces su cátedra en Sevilla y ostentaba ya una merecida aureola como una de las principales autoridades en estudios sobre planificación del territorio.

A partir de aquellas jornadas a muchos nos pareció que podría establecerse un fructífero diálogo entre los profesionales forestales y los científicos que en los diversos foros universitarios se ocupaban de materias relacionadas con la ecología. No en balde muchos ingenieros de montes sabían, y otros lo descubrieron entonces, que su profesión se había creado el siglo pasado bajo principios conservacionistas que hoy habría firmado sin dudar cualquier organización ecologista por avanzada que fuese.

Desgraciadamente, aquel deseado diálogo no discurrió siempre por los cauces adecuados, y no estuvo exento de discusiones, a veces virulentas, que no parecían que fuesen a reportar muchos frutos. Fernando, ya en Madrid, continuó impartiendo su cátedra y trabajando activamente en defensa de la Naturaleza y del medio ambiente, junto a los grupos que proliferaron entonces gracias a la labor de científicos y divulgadores como él que gozaban de gran capacidad de comunicación y de entrega, contribuyendo a tender puentes al diálogo.

Algún sector importante de forestales, aunque con gran capacidad de entrega también, carecieron entonces de ese necesario don de la comunicación o, quizá, tenían menos tiempo para dedicarse a ello. El caso es que pareció que en algún momento se estaban alejando, incluso que no estaban, en esa batalla, aún hoy por decidir, que supone la defensa de nuestro patrimonio natural.

Por fortuna no era así, y hoy, en la última década de este siglo, el paso del tiempo ha puesto las cosas en su sitio y las posiciones se han acercado. Todos hemos aprendido algo de los demás y son cada vez más los que piensan que se trabaja para un mismo objetivo y que cada uno tiene su puesto en este empeño.

Pero Fernando ya no estará entre nosotros y lo sentimos muy sinceramente, porque siempre hemos reconocido su categoría científica y su temple humano, que le hizo continuar incansable en su trabajo hasta los últimos momentos, a pesar de que todos veíamos cómo la enfermedad iba, implacable, mirando su físico. Descanse en paz.

ANGEL BARBERO
ICONA
MADRID